





Corral.—En San Ignacio se celebra el culto mensual del día 16, en obsequio de Nuestra Señora del Carmen y sufragio de las Animas. Por la mañana, despues de la misa de once, se rezará el Santo Escapulario del Carmen y la visita de las Animas. Al toque de oraciones se rezará el rosario, meditación, el sermón que dirá el Sr. D. Raimundo Carrillo, despues el ejercicio del Escapulario, cantándose las Ave-Marias, la letanía y salve.

Visita de la Corte de María: Nuestra Señora del Carmen en su iglesia ó en la de San José.

Orden de la plaza.—Servicio para el día 16.—Parada: Ingenieros y Figueras. Jefe de la guardia exterior del real palacio: Señor coronel de Ingenieros, D. Ignacio María del Castillo.—Jefe de día: Señor comandante capitán de Figueras, D. José de Soroa y Zuloaga.—Visita de

hospital: Saboya, primer capitán.—Reconocimiento de provisiones: Arapiles, primer capitán.—El general-gobernador, Quesada.

Preparado de Pepsina.—Uno de los casos notables de la eficacia del elixir digestivo de Pepsina, preparado por los señores Grimault y Compañia, boticarios de S. A. imperial el príncipe Napoleón, acaba de señalarse en la Academia de Medicina de París. Este caso ha tenido

lugar con el Sr. X..., alto personaje ruso, á consecuencia de una afeccion cancerosa del estómago. Encontrábase el referido Sr. X... reducido al último estremo: hacia un año que le era absolutamente imposible digerir el alimento más inocente, habiéndose visto en la necesidad de limitar su comida únicamente á caldo de vaca ó de pollo, alimento que con frecuencia tambien rechazaba el estómago, ocasionándole esta circunstancia los vómitos

más intensos. Merced á la benéfica influencia del elixir digestivo de Pepsina, aconsejado por el profesor Sr. Nelaton, el Sr. X... pudo tomar al principio un poco de pollo, y unos cuantos dias despues digerir costillas y beefsteak. A pesar de la espantosa enfermedad á que está sujeto el Sr. X..., parece que su salud no solamente es buena, sino que se encuentra en via de prolongarse por mucho tiempo todavía.

LOTERIA MODERNA.

Table with columns for 'Estracción de hoy' and 'Lista de los números premiados'. Includes sub-tables for 'Con 30.000 duros', 'Con 10.000', and 'Con 5.000'.

Table with columns for 'Con 1.000' and 'Con 500'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Cents' and 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

Table with columns for 'Con 100'.

El capitán Ancvre penetró en el patio de la casa de Halot, y su escolta se ordenó en dos filas á los lados del peñistilo para hacerle los honores militares. Su escolta se componia de veinticinco soldados aguerridos; un sargento, de talla colosal y mirada dura y penetrante, mandaba aquella guardia de honor, cuya mitad abandonó las armas, permaneciendo la otra mitad con la pica al hombro. El sargento siguió á su capitán hasta la sala de la cena, encargándose de servirle á la mesa á fin de custodiar más de cerca su persona. El capitán Ancvre tenia unos treinta y cinco años, y era un aventurero que se decía de elevada alcurnia y que habia ido á Francia con los albaneses cuando el rey Carlos IX habia reforzado con ellos sus tropas mercenarias. Se le reconocian grandes cualidades para la guerra de partidos, y estaba dotado de una hermosura poco comun: no se necesitaba más en esta época de disturbios y aventuras para hacer pronto su carrera. —Os doy gracias, mi querido huésped, dijo Halot, por vuestra puntualidad. Sois exacto como un enamorado. El capitán Fresne no debe tardar, y al punto nos pondremos á la mesa. —¿Cómo! ¿Habeis convidado al capitán? —¿Os desagrada acaso? —¿A mi no... pero á él... —¿Por qué? —¿Cómo! ¿No sabeis?... —No sé nada. —¿Valgame Dios! ¿Pues si toda la ciudad lo comenta! Es ya muy viejo. —Trato á tan poca gente... ¿Qué es ello? —No, no soy yo quien debe insultaros. —Buenos dias, capitán, dijo Ancvre, volviéndose al amigo de Halot, que entraba con la mirada fosca, el sombrero ledeado y la espada pegándole en los talones. —Buenas noches, señor gobernador! dijo Fresne con rudo acento. —Ya veis que os habia dicho bien;

murmuró el albanes al oido del Halot. —Es verdad; he cometido una torpeza. —Por el contrario, debiais haber invitado á madama de Fresne. —Mi querido tío, estais servido; dijo el gascon entrando en la sala. Vuestra cena está pronta, y exhala un olor delicioso. Y apercibiéndose á los dos convidados se inclinó profundamente. —Señores, os presento á Jacobo Clemente, mi sobrino: un jóven clérigo medio realista, medio ligüero como todo buen cristiano. Ancvre y Fresne saludaron. —Mi sobrino viene de Paris, donde está el rey, añadió Halot. —¿Ah! ¿Habeis visto sin duda á Mr. de Brissac? murmuró Ancvre. —Si, y vengo encargado de hablaros en secreto de su parte. —¿Es asunto grave? —¡Ya lo creo! Para un hombre galante como vos, los asuntos amorosos lo son siempre. —Si no es más que eso, ya hablaremos, murmuró el griego con fatuidad; pero al mismo tiempo tocó ligeramente al brazo del gascon como indicándole que se callase, dirigiendo una furtiva mirada al capitán. Este estaba sombrío y paseaba por todos los circunstantes miradas amenazadoras. —Vuestro sobrino parece francote y algo aturdido, dijo Ancvre al anfitrión: permitidme dar algunas ordenes á mi sargento: soy al instante con vosotros. Palot se acercó vivamente y dirigiéndose al capitán Fresne, exclamó: —Mi sobrino, que os recomiendo, viene á dar un gran golpe de mano; es enviado del duque de Espernon. —Bien, replicó el capitán de mal talante; pero acabemos pronto porque voy á cortar el pescuezo á ese griego. —No tan de prisa, repuso el gascon; tenemos tres cosas que hacer: degollar á ese lindo, tomar la fortaleza y hacer saltar la guarnición. El mejor modo de tomar las tres cosas es aborrlarlas de

Y al terminar estas palabras el comandante se presentó seguido de dos caballeros que estaban en su compañía, encontrándose frente á frente con el abate, que saltado á su cuello y dándole un ósculo junto á la oreja izquierda exclamó: —¿Tío querido! Y despues rápidamente en voz baja: —Decid que lo sois; si no os estranguelo como á un perro. La observacion no era nada lisonjera, y el abate no le soltaba; por fin, el comandante pudo desasirse de su impertinente sobrino; pero como viese á éste llevar una mano bajo su sotana, se apresuró á exclamar: —¿Por el diablo, que no era fácil reconocerle! Has engruesado mucho. —Me cuido bien, tío, repuso el abate, repitiendo su abrazo, y diciéndose rápidamente al oido: —Bautizadme con cualquier nombre; soy enviado del duque de Espernon. —Señores, repuso el comandante, volviendo á sus amigos: os presento á mi sobrino Jacobo Clemente. Los dos amigos del comandante se inclinaron ante el nuevo presentado, retirándose despues para dejar al tío y al sobrino en toda libertad de hablar. —¿Qué es esto, haraganes? repuso el comandante volviéndose á sus criados. ¿No vais á llevar el caballo de mi sobrino á la cuadra? Ante esta orden enérgica de su amo, los cuatro criados se pusieron en pié. —¿Dadle de comer, refrescadle! exclamó el abate con imperio. ¡El pobre animal viene muerto de hambre! Y como los criados se detuviesen con ademan incierto, el comandante les dijo: —¡Obedeced! Mi sobrino es aquí el amo. —Ahora que mi caballo se va á la cuadra, vamos nosotros á la mesa, dijo el viajero con resuelto ademan. El comandante examinó de piés á cabeza á aquel personaje original, y no encontrando nada que oponer, se adelantó para guiarle á sus habitaciones. —Parece, tío, que no os dais mala

vida á pesar de estar en desgracia: llega aquí un perfume de las cocinas que consueta mi estómago. —Espero algunas personas á cenar. —¿Amigos? —No, enemigos. —Eso es más divertido. Y ¿dónde escogeis vuestros enemigos? —¿Cómo! —Quiero decir que si son partidarios del rey de Navarra. —No. —¿Ligüeros? —Cuando os conozca mejor seré más comunicativo. —Comc gustéis. ¿A qué hora se cena en vuestra casa? —A las ocho en punto. —Algo tarde me parece. ¡Uff!... estoy muerto de fatiga. Y diciendo esto el abate se dejó caer en un sillón, reclinó la cabeza en el respaldo, y cerró los ojos. Halot se dirigió lentamente á la pared que adornaban varios trofeos de armas, tomó un puñal, avanzó hácia su huésped, y colocando una rodilla en su vientre, y sacudiéndole con una mano mientras agitaba la otra con la otra, exclamó: —¿Quereis decirme, señor intruso, quién sois? —¡Yo! dijo el gascon sin alterarse. —Vos. —¿Sois el caballero de Pampelonne; ¿sabéis dónde está Pampelonne? —Ni me importa; me explicareis la indigna farsa que habeis venido á representar. —Pues Pampelonne es una aldea muy linda, muy coqueta, situada á orillas del Lot: las ventanas de mi castillo gozan unas vistas magnificas. Es la única propiedad que no han querido los usureros, y por consecuencia, la única que conservo. De todo el terreno que se descubre desde mi arruinado castillo no me pertenece ni una pulgada de terreno: todo lo he perdido ó empeñado, por lo cual comprendereis que soy más pobre que las ratas. —Pareceis algo charlatan, señor caballero; observad que la punta de

8

